

El Yo

¿Quién eres?

Hay una reveladora historia acerca de un monje que vivía en el desierto egipcio y al que las tentaciones atormentaron de tal modo que ya no pudo soportarlo. De manera que decidió abandonar el cenobio y marcharse a otra parte.

Cuando estaba calzándose las sandalias para llevar a efecto su decisión, vio, cerca de donde él estaba, a otro monje que también estaba poniéndose las sandalias.

«¿Quién eres tú?», preguntó al desconocido.

«Soy tu yo», fue la respuesta. «Si es por mi causa por lo que vas a abandonar este lugar, debo hacerte saber que, vayas adonde vayas, yo iré contigo».

El paciente desesperado

Un paciente, desesperado, le dijo al psiquiatra: <Vaya adonde vaya, tengo que ir conmigo mismo... ¡y eso lo fastidia todo!>

Tanto aquello de lo que huyes como aquello por lo que suspiras está dentro de ti.

Un nuevo maestro.

Un joven que buscaba un Maestro capaz de encauzarle por el camino de la santidad llegó a un «ashram» presidido por un guru que, a pesar de gozar de una gran fama de santidad, era un farsante. Pero el otro no lo sabía.

«Antes de aceptarte como discípulo», le dijo el guru, <debo probar tu obediencia. Por este "ashram" fluye un río plagado de cocodrilos. Deseo que lo cruces a nado».

La fe del joven discípulo era tan grande que hizo exactamente lo que se le pedía: se dirigió al río y se introdujo en él gritando:

-«¡Alabado sea el poder de mi gurul!»

Y, ante el asombro de éste, el joven cruzó a nado hasta la otra orilla y regresó del mismo modo, sin sufrir el más mínimo daño.

Aquello convenció al guru de que era aún más santo de lo que había imaginado, de modo que decidió hacer a todos sus discípulos una demostración de su poder que acrecentara su fama de santidad. Se metió en el río gritando: «¡Alabado sea yo! ¡Alabado sea yo!», y al instante llegaron los cocodrilos y lo devoraron.

La pulga

Una pulga decidió trasladarse con su familia a la oreja de un elefante. De modo que le dijo a éste: «Señor Elefante, mi familia y yo pensamos mudarnos a vivir a su oreja, y he pensado que debía decírselo a usted y darle una semana para que lo piense y me haga saber si tiene alguna objeción que poner».

El elefante, que ni siquiera era consciente de la existencia de la pulga, no se dio por enterado; y la pulga, después de observar escrupulosamente el plazo establecido de una semana, dio por supuesto el consentimiento del elefante y se trasladó.

Un mes más tarde, la señora pulga decidió que la oreja del elefante no era un lugar saludable para vivir e hizo ver a su marido la conveniencia de una nueva mudanza. El señor pulga le pidió a su mujer que aguantara al menos otro mes para no herir los sentimientos del elefante.

Finalmente, se lo dijo con toda la diplomacia de que fue capaz: «Señor Elefante, hemos pensado cambiar de vivienda. Naturalmente, no tenemos ninguna queja de usted, porque su oreja es espaciosa y confortable. Lo único que ocurre es que mi esposa preferiría estar al lado de sus amigas, que viven en la pata del búfalo. Si tiene usted alguna objeción que hacer a nuestro traslado, hágamelo saber a lo largo de esta semana.».

El elefante no dijo ni palabra, y la pulga cambió de residencia con la conciencia tranquila.El descubrimiento

Erase una vez un científico que descubrió el arte de reproducirse a sí mismo tan perfectamente que resultaba imposible distinguir el original de la reproducción. Un día se enteró de que andaba buscándole el Ángel de la Muerte, y entonces hizo doce copias de sí mismo. El ángel no sabía cómo averiguar cuál de los trece

ejemplares que tenía ante sí era el científico, de modo que los dejó a todos en paz y regresó al cielo.

Pero no por mucho tiempo, porque, como era un experto en la naturaleza humana, se le ocurrió una ingeniosa estratagema. Regresó de nuevo y dijo: <Debe de ser usted un genio, señor, para haber logrado tan perfectas reproducciones de sí mismo. Sin embargo, he descubierto que su obra tiene un defecto, un único y minúsculo defecto>.

El científico pegó un salto y gritó: <<! imposible! ¿Dónde está el defecto?>

<<Justamente aquí>, respondió el ángel mientras tomaba al científico de entre sus reproducciones y se lo llevaba consigo.

El viejo juez

Había un viejo juez árabe que era famoso por su sagacidad. Un día, acudió a él un tendero quejándose de que le habían robado en la tienda, pero que no había forma de atrapar al ladrón.

El juez ordenó que sacaran de sus goznes la puerta de la tienda, la llevaran a la plaza del mercado y le administraran cincuenta latigazos por no haber cumplido con su obligación de impedir la entrada al ladrón.

Se reunió una gran multitud en la plaza para asistir a la ejecución de tan extraña sentencia. Una vez administrados los cincuenta latigazos, el juez se inclinó hacia la puerta y le preguntó quién era el ladrón. Luego aplicó su oído a la puerta para escuchar lo que ésta tuviera que decir.

Cuando volvió a incorporarse, anunció: «La puerta declara que el robo ha sido cometido por un hombre que tenía una telaraña en lo alto de su turbante». Al instante, un individuo que se hallaba entre la multitud se llevó una mano al turbante. Registraron su casa y se recuperó lo que había sido robado.

La buena acción.

Una anciana falleció y fue llevada por los ángeles ante el Tribunal. Pero, al examinar su historial, el Juez descubrió que aquella mujer no había realizado un solo acto de caridad, a excepción de

cierta ocasión en que había dado una zanahoria a un mendigo famélico.

Sin embargo, es tan grande el valor de un simple acto de amor que se decretó que la mujer fuera llevada al cielo por el poder de aquella zanahoria. Se llevó la zanahoria al tribunal y le fue entregada a la mujer. En el momento en que ella tomó en su mano la zanahoria, ésta empezó a subir como si una cuerda invisible tirara de ella, llevándose consigo a la mujer hacia el cielo.

Entonces apareció un mendigo, el cual se agarró a la orla del vestido de la mujer y fue elevado junto con ella; una tercera persona se agarró al pie del mendigo y también se vio transportado. Pronto se formó una larga hilera de personas que eran llevadas al cielo por aquella zanahoria. Y, por extraño que pueda parecer, la mujer no sentía el peso de todas aquellas personas que ascendían con ella; y además, como ella no dejaba de mirar al cielo, ni siquiera las veía.

Siguieron subiendo y subiendo, hasta llegar prácticamente a las puertas del cielo. Entonces la mujer miró hacia abajo, para echar una última ojeada a la tierra, y vio toda aquella hilera de personas detrás de ella.

Hablando de ti.

Un discípulo acudió a Maruf Karkhi, el Maestro musulmán, y le dijo:«He estado hablándole de ti a la gente. Los judíos dicen que eres de los suyos. Los cristianos te consideran uno de sus santos. Y los musulmanes ven en ti a una gloria del Islam».

Maruf replicó: «Eso es lo que dicen aquí, en Bagdad. Cuando yo vivía en Jerusalén, los judíos me tenían por cristiano; los cristianos, por musulmán; y los musulmanes, por judío».

Entonces, ¿qué tenemos que pensar de ti?»

«Pensad en mí como un hombre que dice lo siguiente acerca de sí mismo: los que no me comprenden me veneran; los que me vilipendian tampoco me comprenden».

Tribunal.

«¿Quién eres?», dijo una Voz.

<<Soy la mujer del alcalde>>, respondió ella.

<<Te he preguntado quién eres, no con quién estás casada>>.

<<Soy la madre de cuatro hijos>>.

<<Te he preguntado quién eres, no cuántos hijos tienes>>. <Soy una maestra de escuela>.

<<Te he preguntado quién eres, no cuál es tu profesión>>.

Y así sucesivamente. Respondiera lo que respondiera, no parecía poder dar una respuesta satisfactoria a la pregunta «¿Quién eres?».

< <Soy una cristiana>>.

<<Te he preguntado quién eres, no cuál es tu religión>>. <<Soy una persona que iba todos los días a la iglesia y ayudaba a los pobres y necesitados>>.

<<Te he preguntado quién eres, no lo que hacías>>.

Evidentemente, no consiguió pasar el examen, porque fue enviada de nuevo a la tierra. Cuando se recuperó de su enfermedad, tomó la determinación de averiguar quién era. Y todo fue diferente.

Al psiquiatra.

Un tipo con aspecto preocupado entra en la consulta del psiquiatra fumando un porro, cargado de abalorios, con los bajos de los pantalones deshilachados y con una melena hasta los hombros.

El psiquiatra le dice: «Usted afirma no ser un hippie; pero ¿qué me dice de sus ropas, de su melena y de ese porro?»

«Eso es lo que he venido a averiguar, doctor».

Un estudiante

Un estudiante se acerca al conserje del laboratorio de idiomas y le dice: «¿Podría dejarme una cinta virgen, por favor?»

«¿Qué idioma estudia usted?», le pregunta el conserje

. «Francés», responde el estudiante.

«Lo siento, pero no tengo cintas vírgenes en francés». En inglés, solo en inglés.

Tanto sentido tiene hablar de una cinta virgen en francés o en inglés como hablar de una persona francesa o inglesa. El ser francés o inglés es tu circunstancia, no tu yo.

¿Un gran patriota?

Un niño nacido de padres americanos y adoptado por padres rusos, que crece sin saber que ha sido adoptado, que se convierte en un gran patriota y en un poeta capaz de expresar el inconsciente colectivo del alma rusa y los anhelos de la Madre Rusia, ¿es ruso o es americano? Ni una cosa ni otra.

Averigua quién/qué eres.

Un hombre se presentó ante Buda con una ofrenda de flores en las manos. Buda lo miró y dijo: «¡Suéltalo!»

El hombre no podía creer que se le ordenara dejar caer las flores al suelo. Pero entonces se le ocurrió que probablemente se le estaba insinuando que soltara las flores que llevaba en su mano izquierda, porque ofrecer algo con la mano izquierda se consideraba de mala suerte y como una descortesía. De modo que soltó las flores que sostenía en su mano izquierda.

Pero Buda volvió a decir: «¡Suéltalo!»

Esta vez dejó caer todas las flores y se quedó con las manos vacías delante de Buda, que, sonriendo, repitió: «¡Suéltalo!»

Una leyenda de los Upanishads:

El sabio Uddalaka enseñó a su hijo Svetaketu a descubrir al Uno tras la apariencia de lo múltiple. Y lo hizo valiéndose de <parábolas> como la siguiente:

Un día le ordenó a su hijo: «Pon toda esta sal en agua y vuelve a yerme por la mañana».

El muchacho hizo lo que se le había ordenado, y al día siguiente le dijo su padre: <Por favor, tráeme la sal que ayer pusiste en el agua>.

<No la encuentro>, dijo el muchacho. <Se ha disuelto>.

<<Prueba el agua de esta parte del plato>>, le dijo Uddalaka.
<<¿A qué sabe?>>

<<A sal>>.

<<Sorbe ahora de la parte del centro. ¿A qué sabe?>> <<A sal>>.

<<Ahora prueba del otro lado del plato. ¿A qué sabe?>> <<A sal>>.

BAJANDO A LOS INFIERNOS

Diego tiene 38 años. Es de un pueblo de León, muy cerca de Asturias. Está casado y es padre de 3 hijos.

Diego conoce de cerca las oscuras profundidades de la montaña asturiano-leonesa. Todos los días, y a la misma hora, le espera el

autobús que le llevará a la mina, al igual que sus compañeros.

Al llegar, en el vestuario, se coloca el mono de trabajo, el casco, las botas de agua, el "autorrescatador", la imprescindible lámpara... y demás enseres. Todo preparado para entrar a la jaula del ascensor, que a gran velocidad, ayuda a los mineros todos los días a descender a los infiernos. La profundidad del pozo, de la mina donde trabaja Diego, es de 900 metros bajo la tierra.

Fuera, en su vivienda del pueblo, ha quedado Rosa, su mujer, con sus tres hijos. Diego descendió a las profundidades de la tierra, pero no sabe si saldrá.

Éste es el miedo, el riesgo y la incertidumbre que siente quien trabaja en la mina. Pero la carencia de otros trabajos y recursos, obliga a Diego a arriesgar constantemente su vida para cuidar del sustento de su mujer y sus hijos.